



JUAN MONTALVO

CONFERENCIA

EN EL LYCEUM DE LA HABANA EL DIA 6 DE
AGOSTO DE 1932

POR

ROBERTO ANDRADE

Publicado en la "Revista Bimestre Cubana"
No. 1 del Vol. XXXI, Enero - Febrero 1933



TIPOS - MOLINA Y CIA. - RICA 55 Y 57
1933

JUAN MONTALVO

JUAN MONTALVO

CONFERENCIA

EN EL LYCEUM DE LA HABANA EL DIA 6 DE
AGOSTO DE 1932

PJR

ROBERTO ANDRADE

Publicado en la "Revista Bimestre Cubana"
No. 1 del Vol. XXXI, Enero - Febrero 1933

LA HABANA
TIPOS - MOLINA Y CIA. - RICLA 55 Y 57
1933

PALABRAS DE PRESENTACIÓN.—PIEDAD MAZA Y SANTOS



Debía el Lyceum—siempre dispuesto a las evocaciones en los centenarios de hombres ilustres—rendir este año homenaje a una de las glorias de nuestra América, a Juan Montalvo. Y la fortuna le ha sido como nunca propicia. En la Habana reside, desde hace algún tiempo, un ecuatoriano notabilísimo, político y escritor, que ha consagrado gran parte de su vida a reconstruir la de su compatriota. El doctor Roberto Andrade, cuyo conocimiento debemos al celo de Raimundo Lazo, tan devoto a la causa de la cultura, es quizá la persona más adecuada para resucitar ante nosotros la figura de Montalvo. Por su vida accidentada y compleja, siempre al servicio de los más nobles ideales, y su obra histórica y literaria, de erudición y arte, en la que el dato se reviste de la noble belleza de la frase, es digno representante de esta América nuestra, tan atormentada por los conflictos políticos, sociales y económicos que contrastan con las maravillas de su naturaleza física.

Desde sus años de estudiante, cuando tomó parte en la conspiración que derrocó a García Moreno, el tirano del Ecuador que se disfrazaba con la máscara de la hipocresía, se reveló su personalidad enérgica y su carácter íntegro, opuesto a todo compromiso. Prisiones, destierros, persecuciones, el doloroso lote reservado a los defensores de la justicia y el derecho, han sido soportados con heroica firmeza, sin claudicaciones. En la balanza de su destino se equilibran los golpes de la injusticia con los favores de la gloria. En su país ha desempeñado en varias ocasiones cargos de Diputado y Senador, con general beneplácito.

Hemos querido destacar primero su aspecto humano para ocuparnos en seguida de su condición de escritor. Precisamente por haber cumplido con tanta fidelidad su función de hombre, ha podido imprimir en sus obras la frescura y el movimiento de la vida. No es su labor histórica fría reconstrucción de erudito, antes bien refleja el interés humano que acompaña a la verdadera creación artística. Basta recordar algunos de sus temas favoritos: "El 6 de Agosto o la muerte de García Moreno", "Eloy Alfaro", "Montalvo y García Moreno". Lleva además publicados cuatro tomos de la Historia del Ecuador en la primera mitad del siglo XIX y dos libros de Historia y Geografía declarados de texto en las escuelas de su país.

Pero el culto de su vida, el centro de interés en torno al cual gira su obra toda, ha sido Montalvo. ¿Qué lazo misterioso ha unido estos destinos? El mismo refiere en uno de sus libros la curiosidad que despertaron en su espíritu los escritos del magnífico cincelador de la prosa castellana. Recordemos sus propias palabras: "Nadie ha podido todavía descifrar el arcano de la fraternidad o simpatía, aunque se conoce la ley de la atracción. ¿Será porque dichos espíritus han sido vaciados en una misma turquesa y han de tener un mismo blanco, de manera que en conjunto han de ser conducidos al mismo paraje?" Se comprenderá el interés que va a tener esta evocación de Montalvo en labios de uno de sus amigos más fieles y dignos. El Dr. Andrade tiene la palabra.

El Sr. Andrade contestó:

Estas bellas frases no se refieren a tan distinguido auditorio, sino a un extraño, inferior a él, a pesar de haber sido pronunciadas por labios encantadores, y forjadas en entendimiento privilegiado, culto y luminoso. Yo tributo homenaje respetuoso a la Srta. Presidenta, y me apresuro a recoger las dichas frases, no sea que las lleve el viento, y las conservaré en mi corazón y en mi memoria, como un tesoro encontrado en mi existencia.

Señorita Presidenta, señoras, señoritas, señores:

Mi compatriota es Juan Montalvo, y en mi patria es tenido por glorioso. Hablar de él, en una Nación glorificada por Martí, es alta hora: agradezco, conmovido, a las ilustradas damas de la Habana, quienes

se dignaron comprometerme para este desempeño. Anhelar el bello sexo preclaro de Cuba, el conocimiento de un escritor ecuatoriano, es prueba de delicadeza, de benevolencia, de nobles afecciones. Me oye un concurso de personas que saben de gloria; y como tienen que sabor de tolerancia, preséntome con la sencillez de un hombre humilde, pues ando por el mundo, procurando aprender, no enseñar, a pesar de que ya me hacen sombra los años.

Martí y Montalvo, dos varones conspicuos. Conocéis al uno, no al otro. Cuba se halla en el tránsito de la civilización moderna, y es Isla, y por donde quiera pueden entrar ráfagas de ciencia: el Ecuador está en una región no muy culta, pues todavía en su territorio hay salvajes: no tiene sino una entrada, Guayaquil; y por eso lo ha dominado la ignorancia, y en consecuencia, cualquier advenedizo. De Cuba estaba apoderada España; y del Ecuador, una clerecía supersticiosa, desde que fué conquistado por España: Martí habló en gran prosencio, y le oyó el mundo; pero la voz de Montalvo fué apagada por alharacas clericales, y no fué oída por todos, sino tarde. Esta es la razón por que hay quienes no conocen a Montalvo. Diré con más sinceridad: nadie ha impreso una biografía completa de él: una existe, escrita por mí, desde hace muchos años; pero su publicación ha sido impedida por enemistades políticas. Emancipación y libertad casi tienen igual sentido: Martí lidó por emancipar a Cuba, y su adversario fué España, gran potencia; Montalvo lidó por la libertad del Ecuador, y su adversario fué el clero extranjero, acaudillado por un tirano ecuatoriano. Martí tuvo compañeros, amigos, elementos; y aunque su enemigo era potencia, potencias hubo también en auxilio de Cuba. Montalvo no contó sino con su pluma, la que fué una, aunque de acero. Pedro Moncayo, Pedro Carbo, Espinel, Riofrío, Aguirre, Borrero, muchos otros escribieron pero con menos vigor y eficacia. Montalvo entró en campaña cuando muchos de sus compatriotas habían sido sacrificados ya por el tirano. La pluma de Montalvo engendró héroes, y uno de ellos fué Martí. Acaba de decirme un ilustrado historiógrafo, el Dr. Emeterio Santovanía, que Montalvo fué el autor de más influencia en los procedimientos libertadores de Martí. Martí habló de "la prosa aventajada y a veces sublime de Montalvo". El escritor ecuatoriano ha influido también en otros pensadores de Cuba: una distinguida escritora, Mariablanca Sabas Alomá, díjome: "A Montalvo le debo la pluma con que escribo." Y el objeto de esta alma laboriosa es reforma social de importancia, llevada con dignidad, justicia, incorrupción. Varios jóvenes, entre ellos los Doctores Roberto Agramonte, Federico Córdova, Raimundo Lazo, cuyos acenos se están dejando escuchar en América, han leído a Montalvo, le admiran y le siguen.

Antes de presentaros a Montalvo, preciso es hablar de García Moreno, su primer contendedor. En la Habana he venido a conocer un libro famoso, "Nuestra América", obra del argentino Sr. Bunge: este

autor ha dado con la apología de Berthe, jesuita, escrita por los jesuitas de Quito, confesores, directores, espías, humildes servidores de García Moreno. "Este libro es de marcado espíritu sectario, afirma Bunge, y agrega: "le he seguido preferentemente, por su amplia y segura información". ¿Segura, si es de espíritu sectario? Y después, añade: "Es un error juzgar a García Moreno, como a uno de tantos caciques hispano americanos, que hacen de la religión una farsa, para conservar el poder. No. Si el catolicismo le ha servido de pretexto, fué un pretexto sincero." Atribuir sinceridad a García Moreno, es error: fué tirano, como el mismo Bunge lo prueba; y ningún tirano puede dejar de ser impostor, astuto, tramoyista: estúdiese simplemente su procedimiento en las relaciones internacionales, y se comprenderá que su astucia, auxiliada por un carácter imperioso e inmoral, fué una de las causas de su tiranía prolongada. Hablo en presencia de damas ilustradas, y la claridad me obliga a afirmaciones, por ventura, inopertunas. García Moreno no era un pobre diablo, sino inteligente y estudioso, y no debe suponersele capaz de aprisionarse en una creencia que no requiere sino fe, esto es, adormecimiento de las facultades poderosas del espíritu. Fué aficionado a las ciencias, y cualquiera de ellas es contraria a una situación de obediencia cadavérica, *per inde ac cadáver*, como prescribió Ignacio de Loyola. Fué soberbio, altanero; y, el soberbio, cuando es hábil, ¿puede dejar de ser astuto? En los escritos de su juventud, hay rasgos de librepensador y de hostilidad tenaz al sacerdocio. Era el Ecuador católico, y sus maestros no fueron sino el clero, las autoridades y padres de familia, catequizados por el clero, desde la conquista de España. Con la emancipación empezó la democracia, y en ella aparecieron descreídos: García Moreno perteneció a una sociedad llamada Filotécnica, en la cual propuso acciones de fervoroso liberal. Se le despertaron ideas de grandeza: de Guayaquil, pueblo experto, pasó, niño, a la Universidad de Quito, donde reinaban cortedad y timidez, y se creyó superior a los alumnos. Dió de bofetadas al Rector, porque le reprochó en un examen; retó a un Obispo, porque había hablado mal de su novia; casóse con una señora de elevada posición social y rica, pero entrada en años y fea, lo que manifiesta cuáles fueron sus deseos; abofeteó a un Ministro de Estado; y como ya tenía dinero, huyó a Europa. A su regreso, en el tránsito de Panamá a Guayaquil, se amistó con jesuitas, desterrados de Nueva Granada, y comprendió que ellos le auxiliarían en su afán. Se olvidó del librepensamiento y acudió a la mojigatería. *Paris vaut bien une messe*, dijo un soberano de Europa: ¿había de importar nada a un ambicioso, si una apostasía le había de proporcionar el poder en que soñaba? El fué el principal agente en la introducción de jesuitas a su patria, él su principal defensor, apenas se suscitaron polémicas, y ello le dió gran prestigio en una República ignorante. Pronto fueron los jesuitas expulsados, y García Moreno tornó a ser liberal, hasta que los liberales le elevaron al

Senado, donde forjó una conspiración que estalló en la capital, en la que participaron liberales prominentes. Por su audacia, su actividad y sus intrigas, asumió el poder y al fin triunfó, aterrando a la República, con sus acciones de tirano. Azotó y envenenó a un General, solamente por una leve ofensa antigua; traicionó a la República, pues la ofreció como colonia a potencias extranjeras, si le ayudaban a vencer; degolló a quienes se le mostraban contrarios, o les echó afuera, confiscándoles sus bienes.

Vais a conocer a Montalvo. El dijo, en carta a D. Julio Calcaño, poeta esclarecido de Caracas, pariente de los Montalvos de Cuba, y quien le habló de parentesco: "Lo que hay de sangro española en mis venas, me viene de Andalucía, y no de Galicia. Andalúz fué mi abuelo paterno, D. José Montalvo; y de Andalucía pasó este nombre a Cuba, donde se formó la opulenta familia, que hoy lo lleva ennoblecido, yo no sé si por sus altos fechos, o por los millones del viejo conde de Montalvo, que murió, há algunos años en París." Acabo de ver en la "Revista Municipal de Riobamba", ciudad de mi patria, donde han celebrado el centenario del nacimiento de Montalvo, esta noticia: "El primer hombre que trajo el apellido Montalvo al Ecuador, fué D. José Santos Montalvo, natural de Andalucía. De la Península Ibérica vino al Continente americano, con dos hermanos, quienes se radicaron, el uno en Cuba, y el otro en Panamá, llegando este último a ser Virrey en aquella sección." Firma este escrito el Dr. César León Hidalgo, compatriota mío.

Nació Montalvo en Ambato, en 13 de abril de 1832. Era menor que García Moreno con 12 años. Cuando nació, dominaba un tiranillo extranjero, a quien combatían liberales nacionales; la familia de Montalvo fué de éstos, y él descolló entre inteligentes y patriotas, valerosos e incorruptibles. Montalvo recurrió a las letras, en vía de adquirir vigor para la lucha, pues comprendió que a ella estaba destinado, en defensa, eso sí, de las virtudes: las letras eran profesión para su imaginación portentosa, su corazón ardiente y afectuoso y su inteligencia fecundísima. Tuvo la felicidad de ir muy joven a Europa, agregado a una Legación, a humedecer los labios, ya sedientos, en los verdaderos manantiales de la civilización de nuestra época. Joven como era, en París saludó a Lamartine, ya en desgracia: "En un rincón de su hogar le he visto, dijo, reclinado en su antiguo sillón. Su cabeza cana, su mirada melancólica, su voz, a la cual prestaba toda mi atención, me embelesaban. Había yo deseado verle y le ví: nadie me ha presentado a él: el arroyo que salta de las montañas, no necesita de que nadie lo conduzca al río." Existe un manuscrito de Lamartine, en que invita a Montalvo a su mesa. Recorrió Italia e imprimió varias cartas en que describía sus bellezas.

Al regreso, en 1859, encontró a García Moreno ya de tirano, obtenida victoria definitiva. "Dimita Ud. el poder que ahora tiene en sus manos, le dijo en una carta; y si los pueblos, en pleno uso de su albe-

drío, quieren confiarle su suerte, acepte y sea buen magistrado... Yo seré su enemigo, si su conducta política fuere hostil a las libertades y derechos."

García Moreno no tenía ni idea de moral, y su gobierno empezó con escándalos enormes: era casado, se enamoró de la esposa de otro, y por celos, declaró la guerra a una Nación vecina y amiga. Fué vencido y cayó prisionero: generoso el enemigo, le puso en libertad, esperando cumpliera un compromiso: no lo cumplió; y esta felonía fué causa del asesinato del reciente vencedor. Inmediatamente provocó otra guerra más injusta, más seria y de más importantes compromisos: nueva derrota y mayor desastre. El Ecuador quedó arrasado. Ya no pudo soportar la patria tanta afrenta. Sobrevinieron protestas, todas ellas con muy pocas armas; y por eso, el tirano venció. En el encuentro más grande, cayeron muchos patriotas prisioneros, y ahí fueron fusilados, sin fórmula alguna de juicio, con extremos horripilantes de crueldad. Sigueron los fusilamientos, y las víctimas fueron liberales respetables. Entonces fué cuando ofendió a un Delegado apostólico, venido de Roma, también a un Arzobispo anclano, expatrió a un Obispo y afrentó a varios sacerdotes. ¿Cómo podía ser católico ni sincero, si en aquellos sacerdotes no hubo culpa?

Celebró Concordato con la silla romana: el Papa debía mandar en el Ecuador, al lado del tirano, como si ambos fueran una sola persona. Vinieron Jesuitas, Hermanos Cristianos, Lazaristas, Salecianos, Redentoristas, Dominicanos, Agustinos, Franciscanos, Mercedarios, Capuchinos, Oblatos, Hermanas del Buen Pastor, Hermanas de la Providencia, Hermanas de los Corazones, Hermanas de la Caridad, Betlemitas, Marianas, etc.; y a estas Congregaciones se entregó la enseñanza de los niños. He ahí la base de una dominación, cuyo jefe fué derribado por Montalvo: Alfaro trabajó por fundar la libertad; pero rezagos de dicha dominación infectan todavía. El verdadero objeto no fué sino aparentar catolicismo, y formar la parcialidad del tirano, para que le sirviera de espía. ¿Qué enemigos tenía en el Ecuador la Iglesia? ¿Había un solo librepensador, masón o protestante, que se propusiera deshonrarla? ¿Todos no se confesaban, comulgaban y se daban golpes de pecho? García Moreno perpetraba horrendos crímenes, amparado por tanto hábito talar: dió una puñalada a una querida casada y envenenó a su esposa, para contraer otro matrimonio. Terminó su presidencia, colocando en ella a un amigo; y entonces se presentó Montalvo, porque ya hubo libertad de imprenta.

El patriota había llegado a Ambato, su cuna, en 1859; y allí permaneció, oyendo fusilazos; pero afilando su pluma, que era su armamento. Su vida es digna de observarse: "En un sofá y en siete meses, que duró mi enfermedad de la pierna", me decía, años más tarde, en el destierro, "adquirí una parte de los conocimientos, que han llamado erudición". Todos han admirado su memoria, y ella dependía, en gran

parte, del ejercicio de ella y del auxilio de la atención, en sus lecturas. Poseía la virtud de leer con tal esmero, que cuando leía, era muy difícil distraerlo. Concluida la lectura de un escrito interesante, consagrábalo a leerlo mentalmente, o escribía lo que más le cautivaba, como solían hacerlo Taine y otros grandes escritores. He visto extractos de Cicerón, de Gibbon y otros. En estas operaciones hallaba deleite, y las prefería a todos los placeres mundanos. Nunca se le vió en sa-
raos, nunca en banquetes, ni en otros lugares de recreo. No fumaba, no tomaba licor, no gustaba de alimentos acres o picantes, no era como Byron, a quien le gustaban las cebollas crudas. Si al deleite de la lectura se agregaba el de escribir, de reproducirse en el papel, seguro de que el engendro no sería deforme, pues el genio desde la niñez conoce su potencia; de inquirir en todos los pliegues de su alma, lo más bello que en ella han puesto las virtudes, para sacarlo a la escena de la vida, con el objeto de que lo contemplen los hombres, a nadie causará sorpresa que Montalvo haya conquistado un cetro con su pluma. He ahí otra razón por qué Montalvo se desentendió de las recreaciones sociales, a pesar de su impetuosa inclinación a la mujer. Triunfos habrá en dichas recreaciones; pero no para todo género de gentes. Privilegiados hay, cuyos oídos oyen mejor la voz del silencio, cuyos ojos ven mejor en las tinieblas; pero cuya voz es de tal poder, que es oída por las generaciones venideras. Desventurados les llaman todos, porque su existencia parece la menos envidiable; mas no es venganza, como creen algunos, la hostilidad de los contemporáneos, en contra de los hombres de genio: tienen envidiosos, como es imprescindible; pero esa hostilidad es buscada por ellos mismos, porque para ser grande hombre, es necesario declarar guerra a vicios, defenderse, embestir, moquetear, hasta cuer redondo en la estacada. Sepan los que hubieron nacido para apóstoles: su profesión es gloriosa, pero amarga, al menos mientras la humanidad se halle como se halla. Si hay estipendio, no es para ellos. El que no tiene algo de Quijote, no merece el cariño ni el apoyo de sus semejantes, dijo el mismo Montalvo.

El 3 de enero de 1866 circuló "El Cosmopolita" en Quito, y se vió la justicia en un brazo que no era despreciable. "Mucho es que ya podamos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años", empieza el Prospecto; "mucho es que no hayamos quedado mudos de remate, a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos, puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos." Propone que a García Moreno se le ponga costéticamente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta, no montado sobre un asno, no con posas ni con grillos, objetos de vilipendio; pero tampoco adornado con coronas y laureles".

Habló de la Mujer: "¿Numen ha de haber más inspirador que éste, llamado ángel, por unos, demonio, por otros; pero demonio o ángel que tiene en sus manos la suerte de las humanas sociedades? Edu-



quemos a la mujer, sí, eduquémosla, no según los dómines antiguos educaban a los niños, con todo el rigor de un amo crudo, ensangrentándolas y haciéndolas nadar en lágrimas, sino con paciencia de filósofos, con cariño de padres, con bondad y mansedumbre de cristianos, sin perder de vista que ese demonio es el ser más sensitivo, más blando de condición, más fácil de levantarse y purificarse por la dulzura, como de corromperse y bastardear por la rudeza. ¡Pobres mujeres! ¡Cuán distantes están todavía del lugar, que las leyes naturales les señalan, igualándolas en derechos al sexo masculino!... En los Estados Unidos han comprendido que el hito de la felicidad está en la educación de la mujer; y siguiendo este principio, en breve superarán a todas en progresos morales. Allí las mujeres educan a los hombres, tienen pensiones, son maestras de lenguas y la casa está dirigida por ellas, como Esparta por Licurgo. ¿De dónde procede el rápido incremento de la educación en la mujer americana? De las leyes, que despiertan la buena moral y fomentan sus espíritus de virtud; de las leyes que las tratan como Alejandro a la mujer e hijas de Darío; de las leyes, que las resguardan y las vengan de las tropelías de los hombres. Júzguese cuán protegidas son las mujeres por las leyes de los Estados Unidos, por las siguientes anécdotas históricas: "Un muchacho de familia distinguida, se enamoró de una joven plebeya; y por grande que sea allí el imperio de la democracia, no se le acomodaba el ánimo al muchacho a casarse con la hija de un curtidor. Le inspiró cariño, la perdió. Un hermano de ella se va para el seductor, y le dice secamente: si dentro de un año, en tal día, a tal hora, no se casa Ud. con mi hermana, lo mato." Transcurrió el año, y nuestro Gazul no se casaba. Vino el otro, y en tal día, a tal hora, le voló los sesos. El Jurado absolvió al reo a votos conformes. Iban en un vagón, por un ferrocarril, una hermosa niña y un mozo de sus mismos años y semblante. Desconocidos eran éstos, y el mozo devoraba con los ojos a la otra que ya no sabía en dónde poner los suyos: verdad es que los tenía rasgados, negros, límpidos, cargados de largas pestañas, con lo cual traía revuelto el corazón de su vecino. Llegan a un pueblo, y al tiempo de apearse, el ardiente mozo le pone, con vehemencia, sus labios en los de ella. La muchacha, sin decir palabra, confundida en rubor, se va para la policía, con cuyos agentes torna luego al sitio de la ofensa, en donde prenden al malhechor. El Jurado le condena, por unanimidad, a diez años de presidio. La perfección y felicidad de las mujeres depende de las leyes, las cuales dependen de los hombres: hagámoslas buenas, y nos pondremos en camino de educarlas."

Estos ragos fueron escritos hace más de 60 años. La mujer se está educando, especialmente en esta hermosa Isla; y aun cuando no todas las leyes la protejan, muchas mujeres están probando que merecen el puesto de los hombres. En los Estados Unidos se han conseguido ya, en gran parte, las reformas de que hoy hablo. El primer legislador, o

diré el primer director de aquellos habitantes, fué indudablemente la madre inglesa, ya educada en Inglaterra: ella enseñó al niño norteamericano recién nacido, y éste proporcionó elementos para que, en primer término, se educase la mujer: el resultado se está viendo en el predicamento alcanzado por los Estados Unidos en la superficie del planeta.

Que la mujer debe aprender a prestar auxilio al hombre, en el trabajo, se deduce de que ambos llegan a formar un solo ser por el amor; de que la mujer tiene necesidades poderosas, parto de las cuales deben ser satisfechas con el trabajo del hombre; de que el hombre tiene también necesidades propias; de que los hijos son de ambos, y ellos tienen necesidades, a su vez, las que por ellos mismos no pueden ser satisfechas, cuando tiernos. El repartimiento de las obligaciones tiene que ser relativo a las facultades de cada uno, a sus fuerzas, su posición y mil circunstancias. No porque embellezca el hogar, la mujer debe ser considerada hasta que caiga en el ocio, hasta que se enorve en las delectaciones de la vida: ella misma no ha de consentir en este descalace.

Hubo bellezas en el primer número de "El Cosmopolita", especialmente en los cuadros de la Roma antigua. *Roma, Roma, Roma; Roma non e piu como era prima.* Estas pinceladas, nuevas en la literatura ecuatoriana, donde entonces no era admirada sino la Roma de los Papas, exasperó de tal modo al Ecuador, al clero, a los devotos, todos partidarios de García Moreno, que acometieron en tumulto, gritando y con los brazos alzados, en contra de aquel impío escritorzuolo. La imprenta estaba en manos de ellos: pasquines contra Montalvo volaban en todas las manos, como se ven anuncios de circo. "¡Mentiroso, le decían, impío, fatuo, pagano, sinvergüenza!" Y todos se disparaban en risa, haciendo viajes de gloria, como si hubieran conseguido el exterminio de un tigre. Todo el mundo aguzaba su ingenio, con el objeto de disminuir al pagano. García Moreno tomó la pluma y escribió:

"A JUAN,

quien volvió tullido de sus viajes sentimentales.

Dejando Juan sus áridas colinas
y el polvoroso suelo de su cuna,
do en nudosos nopal crece la tuna,
coronada de innúmeras espinas,

Recorrió mil regiones peregrinas;
y más alto pasara de la luna,
si tullido en el lecho, por fortuna,
no quedara en las márgenes latinas.

¡Oh tiempo mal predido! ¡Oh desengaños!
dejar las tunas, el nopal, la sierra,
para cambiar costumbres y teatro;

Y tras tanta fatiga y tantos años,
regresar de cuadrúpedo a su tierra,
quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro!"

"SONETO BILINGUE.

Dedicado al Cosmopolitino.

Cuando fué Sancho amigo al campidoglio,
en aclago y menguado triste rato,
vió tendido un eunuco y negro gato,
que le puso la testa en un ímbroglio.

Y miró con grandísimo cordoglio,
una oveja, tres búfalos y un pato,
y las ranas, lo mismo que en Ambato,
lo cual, sin duda, le llenó de orgoglio.

Y vió, por fin, dormido en una pata,
un gallo, ¡oh maravilla! y el tal cuento,
con su pata de gallo así remata.

¿Pues quieres, Juan, te diga lo que siento?
Si te viste tú mismo, yo discurro,
que debiste también de ver a un burro."

Esta es prueba de que García Moreno tenía buenas dotes literarias; pero mala fe insoportable. "Y aun se me ha dicho, dijo Montalvo, mucho más tarde, que don Gabriel embarra papeles contra mí, que si algún poder tuvieran, nos arrastrarían pronto a la barbarie. ¿El Presidente arrojando impurezas por el aire? Olvida la suerte de los que escupen al cielo."

También un joven, amigo de Montalvo, zahirióle, oculto en el anonimato, en orden a doctrina, a historia y a la pureza del idioma castellano. Entonces Montalvo se irguió, como Byron, cuando leyó la "Revista de Edimburgo", y contestó, en el No 2º de "El Cosmopolita". La contestación abrumó al contradicteur: Montalvo la ensanchó y convirtió en uno de los "Siete Tratados", con el título de "Réplica a un sofista pseudo católico."

España es nuestra amiga, nuestra hermana, después de haber sido nuestra madre. Veo aquí en los diarios, que acaba de pedir la Sociedad Ibero-americana, al Municipio de Madrid, dé a una calle de aquella capital, el nombre de Juan Montalvo; pero esto no puede obligarnos a la infidelidad histórica. En 1864 envió una Escuadra al Pacífico, con apariencia científica; pero con el fin de que se apoderara de las Islas de Chincha, riqueza del Perú, por la aglomeración de Huano. Protestó la América española, menos el Ecuador: García Moreno había sido

cómplice en aquel escandaloso atropello: "un año antes, léese en una nota del Sr. Manuel Benjamín Cisneros, Agente del Perú en Quito, en 1865, conferenciaron García Moreno, D. Mariano del Prado, Encargado de Negocios de España en Quito, y el Sr. Paz Mamblé, y el primero indujo a los agentes españoles, a la captura de las Islas de Chincha, llegando sus compromisos hasta ofrecerles el Archipiélago de Galápagos, para arribo, depósito y hospitales militares... Las promesas tuvieron tal carácter de determinación y sinceridad, que el Diplomático español las consignó en una especie de Memorándum y las tramitó a España." La escuadra combatió en Valparaíso y el Callao. No supo Montalvo la perfidia de García Moreno; pero por la realidad de los hechos, increpó a España en este y otros términos: "Nada, nada indigna tanto como la manera con que los españoles han abierto esta campaña contra América. Vienen como sabios, y se presentan aquí como ignorantes: alzan la bandera de civilizados, y se dan a conocer por bárbaros; proclaman la hidalguía, y salta a los ojos su perfidia. Los españoles llaman a nuestras puertas, no como huéspedes, sino como violadores: ¡Que las rompan! El dueño de casa es un mozo fornido, alto, orgulloso y pronto de manos: ceta mucho a su esposa y es sobremanera digno: una vez intentada contra él una ofensa, cierra con los asaltantes, mueve cien brazos, como Briareo, y si no vence, sucumbe glorioso. Bolívar, San Martín no existen; pero hay una persona más poderosa que ellos y todos los héroes juntos, y es, a saber, aquel afecto grandioso que nos señorea, aquella conciencia que nos realza y nos hace considerar y ser hombres."

Después habla de Valparaíso indefenso: "¿Por qué han bombardeado a Valparaíso?, dice. ¿Qué baterías, qué fuerzas tenía esa ciudad? Enemigo con quien combatir, no les faltaba a los españoles: ahí estaba la escuadra aliada, desafiándoles, retándoles, provocándoles al combate: huyen de los hombres, y vienen a desflemarse con los objetos materiales; evitan los navíos enemigos, y vienen a estrellarse contra los edificios. ¡Vencedores de paredes, vencedores de techumbres, vencedores de puertas y ventanas, miserables vencedores!... ¡Vencedores de vigas y de tejas, buscad a los hombres, venid a tierra, medíos con los americanos de Junín!"

No analizaré todos los escritos de entonces de Montalvo: sólo me detendré en los más interesantes. "El Cosmopolita", No. 4º, es una enciclopedia: trata de Filosofía, de Moral, de Política, de Artes, de Historia, de Viajes, de Pasiones, de Costumbres, de todo, y de modo excelente y primoroso. Todo lo ha estudiado bien, ha trabajado con esmero, ha cosechado la flor de las ideas y formado un ramillete, para que sus compatriotas se embeciesen e ilustrasen. En el artículo "De la República", lee uno a Rousseau y a Montesquieu; en "Lecciones al pueblo", a Lamennais; en "La Mujer", "De los Cielos", a Balzac y a Labruyère; en "Aventuras tenebrosas", a Byron. En este artículo denuncia la puñal-

lada que García Moreno dió a su querida. En "Cuadros de Costumbres" se ven perfiles del Manco de Lepanto, y es caricatura de García Moreno, cabalgado en Rocinante y con lanza, con un fralle borracho en las ancas, llevado por él a la barra del Senado, donde se discutía el Concordato. El artículo "Córdova y la gran Mezquita" es un manojo de bella poesía. Lo que conmovió a todo el bello sexo, fué la "Carta de un padre joven", arroyo de amor, brotado de dos corazones ardientes e inocentes: se amaron, y ella con un hijo, fué encerrada en su casa, para que viviera llorando: él se enloquecía sin verla. Algo hay en esa carta de la pasión de Abelardo y Eloísa. Al fin se casaron... Es una lección de moral, de caballerosidad, de afectos nobles, de lo más conveniente en nuestra época. Es una novelita, y los héroes tienen otros nombres de los reales: es un episodio de la vida de Montalvo, quien se casó en aquellos mismos días. Duéleme decir que los conservadores le injuriaron con contumelias inauditas, diciéndole que había deshonorado a su esposa.

En una de mis obras describo a Montalvo, y voy a copiar algunas líneas. Dignaos perdonarme.

"Conocí a Montalvo en Quito, en 1868. Iba él por la acera de una calle central, yo por el frente. "¡El Cosmopolita!", oí decir a varios transeúntes, que se detuvieron a mirarle. Crucé la calle y me coloqué cerca de él, en el momento en que García Moreno aparecía a 50 pasos de distancia. Iban a encontrarse aquellos adversarios temibles; pero García Moreno desapareció en el zaguán de una casa. Montalvo siguió adelante, erguido, cogitabundo, imponente: hallábase al ras de los 35 años, y toda su magestuosa persona exhalaba ese como flúido que atraía o repelía de los que se amontonaban a su paso, movidos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo a su palabra. Su estatura era realmente excelsa y descollante, recta, cenecía, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Montalvo. Y su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela emparejó su semblante, como él mismo lo confiesa, en uno de sus rasgos admirables de egotismo. Cuello nervudo y flexible, barba redonda y saliente, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un bigotillo largo, pero ralo. Destierros, privaciones, calumnias, contratiempos, empleo cotidiano de la fuerza interior llamada energía, meditación, estudio, soledad, desengaños muchos y muy crueles, melancolía profunda, especialmente, todo esto había plegado la piel, corridos los años, en la comisura derecha, como lo observa el Sr. García Ramón, y marcado en su fisonomía un dejo de "concentrada amargura". Mucho después oí el timbre de su voz, la cual no era para resonar en la tribuna: ahogábala la pasión al salir, salía en modulaciones entrecortadas por involuntarias reticencias, viva, aguda, insonora; pero jamás revelaba tanto el tem-

peramento encendido de D. Juan, como cuando recitaba versos o discurreña acerca de algo tierno o lacrimoso: entonces manaban de su garganta, inflada como la de la paloma al arrullar, sonidos "empapados en lágrimas, según la expresión del enamorado *Tomanvol*. La nariz era "valiente y recta", amplía la frente, "explosión de enormes anillos de azabache, cuya abundancia era de sorprender en una cabeza tan pensadora. La forma de los labios", añade el escritor europeo, quien le conoció poco antes de morir, "acentuaba la expresión de cansancio y languidez, que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho, al peso de hondas desdichas y altas ideas". Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba, cuando sentía los ojos del observador, fijos en los suyos: brillaban éstos entonces, bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea, afables y cariñosos, cruzábanse fugitivas llamaradas de la fogosidad interior de aquel espíritu, que con tan completa serenidad dijo de sí: "Humilde con le Señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotas, cuando las hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales, espanto". "Los hombres extraordinarios en los ojos, tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan", dijo Montalvo, hablando de Bolívar. El héroe de Chacabuco y Maipú fué célebre por el modo de mirar, como lo fué el de Junín y Boyacá. Los ojos de Montalvo eran extraordinarios realmente, por la exactitud de las revelaciones de todas las tempestades de su alma. Nunca tuve ocasión de mirarlos relampagueantes o indignados, sino meditabundos o festivos, pesados o entusiasmados. No miraba a nadie en la calle, y caminaba con paso regio, claudicando levemente, a causa de una enfermedad de la pierna. Vestía el día en que le conocí, un sobretodo negro y muy largo, puños y cuello muy blancos, corbata y pantalón también negros y sombrero de copa alta. Jamás se me ha separado de la imaginación la idea de que influyó mucho en las minuciosidades exteriores de su vida, la lectura de aquel Byron, cuyo nombre le causaba estremecimientos con frecuencia. Uno y otro admiraron a la Naturaleza y pregonaron esta admiración, en páginas que son eflorescencias melodiosas: lloraron, se rieron, se echaron de hinojos, inquirieron al otro lado de las nubes la carilla de un serafín juguetero, en los lagos la de alguna nereida embelesante, en el cáliz de una flor, un beso, en el océano y el firmamento al Todopoderoso. "En mi juventud compuse versos", díjome: "compuse un poema de viajes, por el estilo del Childe Harold: después he salido bien en la prosa, y el poemita ha quedado para pasto de ratones: lo publicaré algún día, pero anónimo". No lo publicó y murió: hasta ahora están inéditas algunas de sus obras.

La celebridad de Montalvo no nació en el Ecuador, pueblo de clérigos: nació en Colombia, y la engendraron dos conservadores ilustrados: Caro y Cuervo escribieron a Montalvo cartas entusiastas. En Quito le escribió cartas comedidas el Nuncio Apostólico, con reclamos acer-

ca de ofensas a la Iglesia. Los únicos que le agradecieron y elogiaron fueron los jóvenes liberales de Quito.

Presidente ya Carrión, el elegido por García Moreno, quiso éste ir al Senado, y dispuso le eligieran los quiteños: obtuvo número inferior de votos: García Moreno mandó a los escrutadores un recado amenazante, y ellos cometieron el delito de suplantación. Montalvo se indignó: "¿Conque nosotros vamos para atrás?", dijo. "¿Cuándo nos salvamos? Ese Senador no debe buscar en el Congreso un asiento, que nadie le ha ofrecido... Yo no sé de dónde le ha venido a ese hombre el convencimiento de que la Nación es propiedad suya: todo lo quiere, y por la fuerza. Si no fué electo Senador, ¿por qué se empeña en ir al Senado? El Senado está en el deber de excluirlo de su número, por conveniencia o por la justicia." Fué García Moreno al Senado; pero Senadores egregios le acusaron, y lo excluyó la mayoría. Al salir, se encontró con Montalvo, quien le humilló con la mirada. El pueblo aplaudió al patriota; pero me duele decir que fué el único aplauso que el escritor tuvo en Quito.

Trató, por segunda vez, de la mujer. Montalvo admiraba a la mujer, como la han admirado los poetas, cuyo corazón ha sido como el de él, y la amaba, como la ama todo hombre, con noción únicamente de la vida. Ciertamente es que la pospuso el primer hombre, porque la consideró sin fuerza física: era ignorante y salvaje, y no pudo comprender que posea otra fuerza, la de su incomparable influencia sobre el hombre. Pospuesta ha vivido tantos siglos la mujer; y convencida ella misma de una inferioridad que no ha existido. Montalvo recorre la Historia, y encuentra que algunas veces ha ocupado su lugar. "Entre las necesidades de los hombres, dice, ninguna de más tomo que el haber dudado acerca de la naturaleza de la mujer; y entre las desvergüenzas, ninguna más digna de castigo que el haber sujetado a votación el alma del bello sexo. ¿Pero la tenían los que discutían y votaban?" Esto hacían los Consilios. "Hagan o digan los Consilios lo que quieran, nosotros remontémonos al Olimpo, y veámoslo cubierto de grey femenina, rebotando en delicias seductoras, que se dividen el Empero por iguales partes con los dioses. Y aun así, ellas tienen lo mejor: Júpiter lanza el rayo, mas la sabiduría es dote de Minerva: el uno la fuerza y el poder, la otra el consejo y la previsión: el uno el fruncir las cejas y hacer temblar cielos y tierra, según el verso sublime de Homero, la otra el tomar las cosas en su mejor aspecto, y decidir las conforme a la eterna sabiduría: el uno el destruir y el vengarse, la otra el castigar con medida, el perdonar con clemencia... Bien conocieron los hombres primitivos la naturaleza de la Mujer, cuando la invistieron de las prendas con que brillaba la divinidad... Si bajamos a la tierra, vemos que el pronunciar los oráculos divinos, casi siempre fué de las mujeres; el mantener el fuego sagrado, de mujeres; el inspirar a los legisladores y a los reyes, como ninfas y magas, tocadas del espíritu celestial, de mu-

jerés. Como que si los dioses hablaron por boca de ellas, ellas fueron las intérpretes de la voluntad soberana."

"Las épocas más brillantes de las Naciones, continúa, fueron siempre aquellas en que más preponderaron las mujeres, tales como la de Pericles en Atenas, la de los Escipiones en Roma, y en los tiempos modernos, las de las Sevigné, las Laffayette, las Stael, en Francia." Cita también el advenimiento de Pedro el Grande, en Rusia: "Arrancó a la Mujer del sumidero, le dió derechos, prerrogativas", dice: "la volvió privilegiada, de sierva que hasta entonces había sido."

¿Pero cuándo estas situaciones no fueron transitorias, cuándo fué permanente el predominio, como lo requiere la naturaleza?

"Pienso que si la influencia de la mujer sobre el varón, fuera de todo punto nula, dice, éste sería un animal feroz e indómito, que no conociera las dulzuras de la vida, y anduviera tropezando con todas las penalidades y miserias." Y pasa a referir la horrible vida de las mahometanas, las turcas, las de las rancherías de África. ¡Cuántos horrores se ven en los pueblos donde reina la feroz poligamia!

"El respeto a la mujer no consiste en un ciego avasallamiento a sus caprichos, ni a su voluntad absoluta, que no siempre suele ser acertada", prosigue Montalvo: "la educación es la primera grada del trono; dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente a cumplir sus deberes, he ahí la educación de la mujer. En llegando a su perfección moral, ya puede tenerse como árbitro de las costumbres y acciones de los hombres. Su imperio es blando y grato, porque es el del amor; ella no manda; obliga con tiernas insinuaciones; no reprende, hace ver las faltas, y nos castiga con benignas sonrisas; no sirve de tirano, sino de freno moderador de nuestros disparados impulsos. Si nos dejásemos llevar por ella, seríamos menos desgraciados: las mujeres no juegan, no beben, no ríen: el tahir no oye jamás a su esposa: ruega, llora ésta, le habla de sus hijos, lo pone de manifiesto la miseria que va llegando, la deshonra que ya pesa sobre él; nada; sigue jugando, desprecia los consejos y los ayes de su mujer, y consume su ruina. El bebedor es áspero, terrible con su esposa: ésta, tierna, suave, suplicale, inundada en lágrimas, acabe ese camino de perdición, y vuelva a la hombría de bien, a la dignidad antes profesada: se le cuelga al cuello, redobla las súplicas, y si vence, aplica ruborosa sus labios en los del indigno marido... ¡No vence! Recházala éste, con rudeza, o la engaña con fingidas promesas, y sigue bebiendo, y consume su ruina..."

¡Oh las leyes! Las leyes son las únicas que pueden abolir estas escenas monstruosas! Educada la mujer en todo cuanto ella alcance a comprender, lo enseñará dulcemente al hombre, y algunas ocuparán los puestos de él, aun los más altos, con satisfacción de hombres y mujeres. ¿De dónde le viene al hombre la idea de que ella no puede enseñar, ni legislar, ni gobernar? ¿Qué ha de enseñar, si no sabe, y cómo legisla y gobierna en su casa, mejor que los hombres? Puede criar hijos, al mismo tiempo que dar leyes y ordenar su ejecución, lo mismo

que el hombre, cuyos hijos son miles de negocios. Lo único que sucede es que se les duplica el trabajo; pero ellos pueden ver si el tiempo les alcanza. La mujer ayuda al hombre, según sus capacidades, no hay más. ¡Y cuánto ganaría la humanidad, con el auxilio de la mitad de ella a la otra que hasta hoy ha trabajado! Acaba la señora Forcade de Jackson de reflexionar profundamente, en esta misma capital, acerca de este asunto. Olvidaos de Shopenhauer y de otros hombres, que parece, no nacieron de mujer. En la Habana, la mujer se olvida de sarao, y se afana en instruirse, en saber, porque ha comprendido que hace falta, en esta cerrazón que cubre al mundo: ella auxiliará a los hombres y se hallará el sendero de la dicha. La guerra desaparecerá, si la mujer aparece en las alturas.

García Moreno derrocó a Carrión, ofendido porque consintió en que le expulsaran del Senado, y por el servil proceder de los jefes del ejército, y le dió la presidencia a otro de sus áulcos, felizmente persona moderada: Montalvo elogió a ésta, y continuaba escribiendo cosas bellas, dignas, luminosas.

Corrió el rumor de que se trataba de asesinar al escritor, por lo cual dijo éste, sin escrúpulo: "Sea jactancia, locura o desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo que asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de los pueblos civilizados." Seguí paseándose por las noches; pero le seguían cautelosamente defensores. Por fin, García Moreno derrocó a Espinosa, arrancó la pluma de manos del patriota y lo arrojó a él al destierro. Salí a Colombia, sin blanca; pero el joven Eloy Alfaro, desterrado en Panamá, le envió dinero, con el cual el escritor partió a Francia. En breve regresó, por no pensionar a Alfaro, y se refugió en Ipiales, población fronteriza de Colombia. Allí vivió siete años, escribiendo. Publicó opúsculos tremendos, contra sus enemigos y el tirano: "Fortuna y Felicidad", "El Antropófago", "Judas", la "Dictadura perpetua". El último enardeció a la juventud de la Universidad de Quito, la que salió a la plaza, al medio día y mató a García Moreno, en presencia de su ejército. La conspiración no triunfó, y los conspiradores fueron fusilados, perseguidos en 20 años.

Yo residí en Ipiales con Montalvo, hasta que se eligió otro Presidente: pocos meses; pero para mí inolvidables. Allí había escrito las obras que han contribuido a darle celebridad universal: "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", "Siete Tratados", "Geometría Moral", cinco dramas, uno de los cuales se refiere al envenenamiento de la esposa de García Moreno. El tenía 40 años y yo 20: encontraréis mi nombre en tal o cual de sus escritos. Era para mí, el personero de los grandes hombres, de mi patria y su esperanza: era la virtud, la dignidad, la decencia: era la estimación propia, el amor al semejante, la generosidad ilimitada: era la conmiseración, la ternura, el sacrificio: era el valor, el sufrimiento, al heroísmo. Nada de envidias, nada de odios injustos, nada de iracundias tiránicas. Aborrecía, eso sí, al malvado, y de modo irreconciliable y permanente. Caballero más cabal que Montalvo, di-

fácil será hallarlo en la América Latina, dije en un escrito. Habitaba en una de las buenas casas de Ipiiales, amplia, con vista al cielo, aseada y silenciosa. No tenía muebles: en la sala no había sino dos mesas y cuatro sillas; en la primera de aquéllas, en el centro, escribía, y lo hacía en una tabla, colocada en plano inclinado: no vi otro libro que un diccionario español en dos tomos y dos volúmenes negros y grandes, probablemente de apuntes. La otra mesa era chiquita, junto a la puerta; y en su gavetita ponía centavos, para que los tomaran los mendigos, uno por persona. Yo iba todas las tardes, en momentos en que él preparaba el café: la cocinera solía dejarle todo arreglado. Tenía un brasero, cerca de la puerta, con un anafe, y él movía el aventador, inclinándose; yo le sustituía cuando se cansaba. Sentábamonos a tomar el café, entre risas, pues a él no le faltaban ocurrencias donaldosas. Yo me retiraba temprano, con un bastón de él, para defenderme de los perros. Se levantaba a la aurora, se lavaba, se vestía con el mayor aseo, aunque con ropa muy usada, tomaba café, cuando lo había, y salía a ver aparecer el sol en las llanuras, ya paseando, con la vista en alto, ya tendido cuan largo era, en aquella verdura de esmeralda. Escribía todo el día: presumo que lo que leía no era sino su libro de apuntes. Publicaba hojas volantes, dando la enhorabuena al Ecuador, por la muerte de García Moreno y aconsejándole eligiera a D. Antonio Borrero.

Regresó al Ecuador, a los 7 años; pero en Quito corrió graves peligros: fundó "El Regenerador", y pidió se convocara Convención, para que reformara la Constitución de García Moreno: el Presidente Borrero no quiso, y Montalvo escribió contra un Ministro, porque presumió aconsejaba al Presidente: un hijo del Ministro salió al encuentro, y disparó en contra de Montalvo: como el tiro fué casual, se disculpó el agresor, y Montalvo se abstuvo de ofenderlo, aunque lo tuvo bajo su revólver: se desafiaron; pero concluyó el lance sin sangre. El Gobierno vino a quedar de conservador, y Montalvo conspiró, porque la Constitución era tiránica. A Guayaquil había llegado Eloy Alfaro, quien llamó a Montalvo, con la noticia de que la conspiración iba a estallar. Sobrevino un espantoso desengaño: el Gral. Ignacio de Veintemilla, Comandante General en Guayaquil, supo los afanes de Montalvo y Alfaro, y él se anticipó, traicionando al Gobierno a quien servía y mandando le proclamaran Jefe Supremo. Acto continuo desterró a Montalvo a Panamá; y él y el ejército marcharon a derribar a los conservadores: los venció y llamó a Montalvo, a insinuación de su Ministerio, el que tuvo que ser liberal. Continuó "El Regenerador", publicación quincenal, variada y elocuente. Montalvo era siempre íntegro, valeroso, incorruptible; y ya castigaba a Veintemilla, ya a los conservadores, ya levantaba el ánimo del pueblo, enseñándole a ser libre y honorable. Veintemilla iba a aprehenderlo, y huyó otra vez a Ipiiales, donde escribió "Las Catilinas". Estos opúsculos fueron estampados, que sacudieron, desde los cielos, a la patria. Leedlos y no os causaréis, porque la risa de Montalvo viste de atractivos al relámpago, y la lectura incita al heroísmo.

Nadie se atrevía a contestar esas descargas, y trataron de asesinar al adalid. Yo residía oculto en una finca ecuatoriana, en el camino que va hasta donde habitaba Montalvo: nos escribíamos frecuentemente. De Quito me avisaron iba un asesino: acto continuo escribí a Montalvo. Voy a leerlos la contestación de él autógrafa:

"Antes del aviso de Ud. diez o doce cartas habían venido ya, y no solamente para mí sino también para varias personas de este lugar. Algunas de ellas parecen ser de mujeres. No hay duda de que *veinte mil crímenes y vicios* cavila en mi muerte; mas yo no creo que el asesino sea de allá, y cabalmente en esto está el peligro. No tengo el *sobrino* que Ud. dice para que me custodie. No son adecuados los míos ni pudieran venir. Tampoco es necesario ningún hermano de Ud. De un asesinato aleva nadie lo defiende a uno. Ni yo ni el compuñero podríamos, por otra parte, aguantar el suplicio de no separarnos un instante. El custodio invisible es el eficaz: mi Genio, con nombre de ángel de la guarda, me ha de salvar, pues no me desampara; y la Providencia no deja de advertirme que no tema. En este concepto aun no tomo precaución alguna ando solo y por el campo" (16 de Octubre de 1879).

Supe más tarde, que el asesino se presentó en casa del patriota y entró a la cocina: yo había mandado la filiación: Montalvo le vió de una ventana, pronunció el nombre de él, en alta voz: las autoridades ordenaron buscarle, pero desapareció.

Ocurrió otra escena fantástica; pero que no puede dejar de conmover a los que sepan de amor y soledad: Montalvo era joven, fervoroso, apasionado; y se había sometido a aquella soledad, sólo por servicio de la patria. La causa no era la pobreza, pues yo le dije:

—¿Por qué, D. Juan, no ha procurado vivir en una capital, donde podía ganar dinero?

—De Panamá y de Santiago de Chile me han ofrecido buena renta, para que yo dirigiese diarios, contestóme. Rechacéla, y la razón fué porque las ideas de los diarios duran un día, y las de los libros no. Si, por ventura, mis libros son buenos, alcanzaré el objeto de dar algún prestigio a mi patria. Por otra parte, cercano yo, puedo servirla ahora mismo.

En la soledad me escribió lo que va a leerse. Al lugar donde yo me hallaba oculto, llegó de Quito una bellísima dama: un hermano de ella me llevó a la casa.

—Ha vivido Ud. con Montalvo, según sé, me dijo: Montalvo es verdadera gloria ecuatoriana; pero en el Ecuador, todos le aborrecen.

Debo decir que la mujer no odiaba a Montalvo; y si se callaba era por miedo a los hombres.

—Tengo a honra ser amiga de él, continuó. Regresaba él de Huápulo, en cuyo camino tengo una quinta: cayó una tempestad furiosa, y él tuvo que ampararse en mi casa: es muy digno de aprecio: su conversación es halagüeña, divertida, interesante. Por desgracia, no volvió a visitarme.

Era la señorita Dolores Salas, una de las bellezas más cabales de

Quito, en aquel tiempo. Acto continuo transcribí sus frases a Montalvo, quien me respondió en los términos siguientes:

"Dígame Ud. ¿sería posible, en cualquier tiempo, agregar a la hermosa Dolores al séquito femenino de Juan de Flor? La ví una vez y fué para mí como un sueño de poeta. Si vuelve a hablar con ella díglele a mi nombre que jamás se irá de mi memoria la noche y la tempestad del egido, cuando volviendo yo de Huápalo me guarecí en su casa. Realmente es bella y digna de campear entre las apasionadas mujeres de estotro Tenorio imaginario. Díglele, sí, díglele que soy su admirador; y no así como quiera sino admirador loco. De locuras y tonteras se compone la felicidad, si es tontera el morirse por una hermosa. Y mire Ud. este nombre de Dolores me ha hecho falta en mi vida; siempre he andado suspirando por una Dolores, sin hallarla: ¿será esa?" (Nov. 2-1879.)

Montalvo partió otra vez a Europa, con dinero de Alfaro y otros amigos, a imprimir sus obras. A "Las Catilinarias" debió el Ecuador la caída de Veintemilla, cuyo Gobierno era personalista e inadecuado al progreso. Montalvo estaba ya en Europa; pero en el Ecuador dejó a Alfaro, quien obró cual tempestad. Cayó Veintemilla; pero le sustituyeron Caamaño, Flores, Cordero, de la escuela de García Moreno, y enemigos de los liberales.

Montalvo imprimió en París los "Siete Tratados", grande obra filosófica, poética e histórica, la que proporcionó elogios encumbrados de los mejores escritores españoles y aun de otras naciones. Núñez de Arce, Castelar, Valera, Cánovas del Castillo, Menéndez Pidal, Alarcón, Trueba, Luis Carreras, la insigne Pardo Bazán, todos los soberanos de las letras en España, César Cantú y Edmundo de Amicis, en Italia, le llamaron príncipe de las letras españolas, en nuestra época. El Arzobispo de Quito prohibió la lectura de los "Siete Tratados" en el Ecuador, donde Montalvo más quería hallar lectores, para que aprendieran a ser libres. ¿Qué debió hacer? Contradecir y desacreditar a su adversario, y exponer, con claridad, sus creencias, de manera que, contra la voluntad jesuítica, fueron los "Siete Tratados" leídos. La "Mercurial Eclesiástica" se tituló el libro en defensa.

Acá en América, debemos dar a conocer los juicios de europeos, respecto de americanos distinguidos, tanto más, si éstos son nacidos en una República azotada desde niña, y cuyos cómitres son divinizados por los mismos que han sido sus víctimas. La egregia señora Pardo Bazán elogió, con entusiasmo a Montalvo. No hemos visto, por desgracia, todas las cartas que ella le envió, ni una sola de las de él, excepto las publicadas en "El Espectador". "No cumplo la resolución instintiva de no escribir, dice la escritora en una carta, porque no quisiera que Ud. se figurase que un capricho o un impulso momentáneo me llevó a pagar sus demostraciones con otras. No. Obedecí a un cariño contraído, sin que yo me dé cuenta del cómo ni del cuándo, y cuyo mismo carácter fulminante me impidió adoptar precaución ni reserva alguna. Cuando yo me nos pensaba, quedó rota la tregua, que desde casi dos años pactó mi

corazón; y si dudase de la extensión formidable de este mal, me hubiera desengañado, aun más que la despedida, la angustia del viaje, en que el alma quería desandar a toda prisa el camino que andaba en el tren. Parece que se hacía cómplice de mis deseos la naturaleza. Espantosa nevada me retrasó 12 horas: dos veces descarriló el tren, y dos estuvimos colgados sobre un precipicio... Cosa simbólica."

La familiaridad entre los dos sexos, cuando no interviene el amor, es la más satisfactoria, noble y verdadera de las conexiones amistosas. Entre individuos de un mismo sexo, rara vez son las amistades francas e inocentes: casi siempre hay rivalidades, envidias, ficciones: de esto nacen el odio y la venganza. De entre sus compatriotas, los varones, Montalvo no tuvo amigos verdaderos, sino entre los virtuosos. ¡Cuánto no habría gozado con la intimidad de una señora tan ilustre! Quizá una mirada maliciosa o perspicaz, pudiera descubrir, en cartas como la transcrita, las trevesuras del serafín armado de saeta. Ninguno de los dos amigos había pasado ya la edad madura: ella era hermosa, y él poseía la bizarría del varón. Quien tiene imaginación, es afectuoso: la hermosa imaginada tiene que reflejarse en un corazón capaz de venerarla y de rendirle el tributo del amor. ¡Cuántos escritos de estos dos grandes pensadores, no dan a conocer el sitio, adonde podrán llegar amor y ternura, dolor y regocijo, en corazones inflamados por cualquier linaje de afecciones!

Aunque en su juventud no quería vender sus libros, pues decía, "al pueblo hay que regalarle lo que se escribe para que él aproveche", en París se convenció de que debía cambiar de sistema. Fundó "El Espectador" y publicó tres tomos, todos admirables, según opinan sus críticos. El corazón sigue mostrándose encendido, no por las brasas del mal, sino por la electricidad del bien, y va siempre al mejoramiento del hombre, a la propagación de las virtudes, a la abominación del perverso. Hay artículos primorosos: leed "La caridad en París", "La mendicidad en París", tan adecuados para la mujer caritativa. Un lapsus lingüe de Montalvo fué causa de nuevos artículos bellísimos, acerca del bello sexo hispano americano: el Sr. Merchán, cubano, le reconvinó, porque había omitido al bello sexo de Cuba. Murió Montalvo, sin alcanzar a vindicarse. Fué infortunio para el Ecuador no haber oído este acento, describiendo uno de los espectáculos más embelesadores de América. No conoció Montalvo a las cubanas.

De sus críticos americanos hablaré sólo de uno, el más prolijo. Rodó escribió con más extensión, aunque no con igual sensatez: admiró a Montalvo, aunque no siempre, y le disolvió, diremos, en una ampulosidad aparatosa, que ora refleja iluminación de aurora, ora oscuridad de subterráneos, ora ese antipático ceño de un día nebuloso. "Nadie, en idioma castellano, ha hablado hasta ahora de Cervantes y del Quijote, como Montalvo en sus páginas", dice, "sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis condigno de la cradora síntesis del ge-

nio. La más durable estatua de Cervantes está allí labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada "

¿Y por qué llama parodia al Quijote de Montalvo? ¿Por qué de este modo lastima al escritor y dice una manifiesta impostura? Parodia es, dice el Diccionario, la imitación burlesca." ¿Montalvo se burla, en alguna línea, de Cervantes? Tal calificación es falsa y agresiva. ¡Cómo! ¿Y Montalvo no labró la mejor estatua de Cervantes? Se equivocó indudablemente Rodó en la significación de la voz *parodia*. "¿Fué pensador Montalvo?" es una interrogación que desagrada. ¡El mejor imitador de una obra inimitable, en tres siglos, empujado a los tribunales, para averiguar si ha sido o no saltabanco! "Para llenar cabalmente este concepto, continúa Rodó, faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad, que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición más esencial, de interesarse en las ideas, por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa; faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más extraño y secreto con que se le apura y exprime, hasta verla soltar su más espesa sustancia."

Quien estuviera *por encima del tumulto y clamor de las pasiones*, podría no ver con exactitud el primero, y no escuchar el segundo; y *esa superior serenidad* vendría a ser el juicio de un ciego y sordo, al mismo tiempo. Para dar opinión del tumulto y clamor de las pasiones, es preciso haberse hallado en el primero, y experimentando los estragos de las últimas. La experiencia es la que mejor encamina. Hombre sin pasiones no hay; y si lo hubiese, sería peor que un mentecato. El hombre no debe permanecer desligado de pasiones, sino saber dirigir las que tiene. La generalidad se forma un juicio muy extraño, acerca de las índoles vehementes: porque ven que uno se exaspera por quitarme allá esas pajas, se figuran que no piensa o que no es apto para juez: equivocan la forma con el fondo. Quizá los impulsivos, cuando son impelidos al bien, son los que más piensan. Pensar es reflexionar, prever, rumiar hasta entender; y el que ha flexionado, previsto y entendido mejor, ejecuta las cosas con más fuerza y eficacia, porque quiere que su pensamiento no se desperdicie. De Bolívar se ha dicho que fué el más impulsivo de los hombres; y habiéndose hallado en el tumulto y clamor de las pasiones, fué pensador, en la extensión de la palabra. Eso de *pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea*, no depende sino de la profesión de cada literato: ¿quiso Rodó que Montalvo fuese como Rousseau, como Spencer? No creo que la diferencia dependa de las aptitudes, sino del asunto y las circunstancias. Montalvo, al escribir, no se proponía lo que Rousseau y Spencer; y humilde, tenía que considerar en sus lectores inmediatos, los que no eran como los franceses e ingleses de los tiempos de aquellos grandes filósofos. Lo esencial es ver si los tres buscaron la verdad y supieron hallarla, si fueron inclinados al bien, o no lo fueron. Montalvo ha in-

fluído enormemente en la civilización de su patria, como lo han probado Alfaro y su partido, y lo probarán cuantos pensaren como ellos; y esto basta para probar que Montalvo fué pensador. "Esguimidor de ideas, pensador fragmentario y militante", le llama también Rodó. ¿Puede ser tal un hombre cuya pluma engendra héroes, quienes moralizan, aunque transitoriamente, a pueblos? Transitoriamente, digo... ¿y la causa?... Todos los ecuatorianos la conocen... Que aparezca un malhechor, lamedor villano y ruin, engañe a jefezuelos del ejército, después de engañar a cuatro civiles inocentes, jurisconsultos y jurispéritos mendicantes, y borre en los corazones hasta el menor signo de vergüenza, no es por obra de Montalvo... Leonidas Plaza es un reptil, Montalvo un astro. Estas tinieblas serán todavía más transitorias.

Pero ya podéis escuchar los acentos de Rodó, cuando habla con sinceridad de nuestro grande escritor. Quizá Rodó fué hermano literario de Montalvo, en la familia literaria de esta América. No debió decir que Montalvo tuvo *alma quijotesca*: los cueros de vino tinto son unos, el cráneo despedazado de García Moreno, es cosa muy diferente. Los ímpetus de generosidad de D. Quijote fueron de D. Quijote; los de Montalvo fueron los de Moisés, de Leonidas, de Trasbulo, de Marco Bruto, de Washington, de Bolívar, de Garibaldi. Difícil es que la ridiculez, por más que sea de D. Quijote, alcance a la sublimidad; pero imposible es que la sublimidad descienda a lo ridículo. Todo escritor es luchador, porque todos atacan o defienden una idea, mala o buena, aun los que exponen verdades inconcusas, porque también éstas van expuestas a contradicción. Llamar a Montalvo luchador, por no llamarlo pensador, es extravagancia que no ocurrirá a muchos críticos, y que desvirtúa el mérito del gran escritor uruguayo.

Cuando en 1888, imprimía el Tomo III de "El Espectador," ya debía pensar a menudo en la muerte, porque su salud iba decayendo, y no tenía facilidad de cuidarla, en razón de su soledad y estrecheces. La sensibilidad y la tristeza, la ausencia de su familia y de su patria, la extinción de la esperanza de que su ausencia concluyese, el vacío en que desplegaban el vuelo sus afectos, sin hallar una rama de descanso, excepto la proporcionada por la imaginación, que debía ya hallarse fatigada, parte fueron para acrecentar la debilidad de su organismo. Habitaba en la calle Cardinet, muy distante del lugar donde se imprimía "El Espectador". Iba el autor a corregir las pruebas. En un día de febrero de 1888, regresaba a su casa, concluido el trabajo; y al pasar un puente, "una lluvia torrencial, dice su biógrafo, le tomó sin abrigo. Cayó en la cama, con horribles dolores intercostales. El primer médico desacertó y perdió un mes, sin siquiera mitigar la gravedad de las dolencias. Al fin de este mes, cesaron los dolores; pero se presentó fiebre. Los compatriotas del enfermo llevaron otro médico mejor, quien conoció la pleuresía, le punzó y le extrajo líquido ceroso. No bastó esta curación: a los pocos días aparecieron más agudos dolores; y el médico anunció la existencia de un foco de supuración. Traslada-

ron al enfermo a uno de los mejores hospitales. Al operarle, quisieron suministrarle anestésicos: oyó Montalvo y dijo: "En ningún trance de mi vida he perdido la conciencia de mis actos: no me moveré, Doctor. "La operación duró una hora: le levantaron las costillas en la región dorsal, después de cortar las partes blancas, en la extensión de un decímetro, dilataron la herida, mediante pinzas, que recogen carnes sangrientas, extrajeron con una bomba los productos de un foco purulento e inyectaron líquidos antisépticos, que queman como el fuego. Mientras tanto, el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un músculo. Su actitud serena y hasta majestuosa, interesó a los médicos: uno de ellos exclamó: "este hombre es un carácter."

Estando enfermo, circuló el rumor en Quito, de que Montalvo iba a ser nombrado Cónsul en Bordeaux, por compasión del Ministro del Ecuador en Francia y del Presidente ecuatoriano, ambos conservadores detestables: Montalvo escribió: "Entre la Legación de Francia y el Padre Lachaise, no vacilaré un minuto en optar por el cementerio. Veinte años de lucha por mis ideas, de proscripciones y padecimientos de todo género, sobrellevados con buen ánimo, no son para ir a hundirse tristemente en un empleo, ofrecido por el gobierno del partido contrario."

La operación fué inútil: el germen mortífero envenenó toda la economía. "Se presentaron postemas en la garganta, que no pudieron extirparse, porque se habían extendido hasta lo interior del pecho", dice uno de los testigos. Conociendo que iba a morir, pidió se le trasladara a sus habitaciones. La agonía había durado 22 horas; pero 19 de ellas, estuvo en su completo conocimiento", dice el mismo testigo. "El 17 de marzo de 1889, uno de sus amigos más íntimos llegó a la casa, y encontró al enfermo vestido de negro y con frac. "El paso a la eternidad es el acto más serio, dijo: el vestido debe guardar relación." "Usted regresará pronto a la patria", agregó. "Diga Ud. a mi hermano que ni Dios ni los hombres me han faltado. En seguida pidió flores: "un cadáver sin flores, me ha entristecido siempre", dijo. No habló más. Sin alteración en el semblante, sin dejar oír un estertor, agonizó", dice su biógrafo.

Recibió la muerte como a nuncio de descanso, como el que va llegar a una novia, a la que va acariciar, sonriente. Si se le humedecieron los ojos, habría sido de gratitud a la Naturaleza.

"No nací para la felicidad, escribió Montalvo, años antes; pero tampoco para la desgracia, en forma de muerte desastrada. La muerte que pidió a Dios, él me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni temores, por una parte; sin insolencias ni fatuidades, por otra; creyendo en él, no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decente, noble; con fuerzas para sobrellevar los dolores; sereno ante la vida que huye, y la tumba que se está abriendo delante de mí; sin remordimientos, porque no tengo crímenes ni delitos, sin vergüenza, porque no hay infamia en mi vida... Me confesaré, dice en otra página, con Dios om-



nipotente y misericordioso, allá cuando se me abran las puertas de la eternidad, y tenga que purificar mi alma, para entrar en la mansión eterna de la gloria."

Así lo hizo: tuvo tiempo de confesarse con Dios, en la soledad en que expiró.

La gloria no es sino el convencimiento íntimo de haber hecho algo grande en provecho de los hombres, y de que la parte buena de ellos, agradecerá, entuslasta, en cualquier tiempo. De esta gloria gozó Martí, y de ella gozó también Montalvo. ¡Declaremos que estos dos varones honran al mundo!